



Esqueleto de pan

Carmen Marina Rodríguez Santana

Juro en nombre de Dios y en el de la Santa Madre Iglesia que yo, Faina nacida, y Beatriz Gazmira convertida, comienzo este libro en el mes de Navidad de 1525, siendo Rey de nuestra España Carlos I, hijo de la que fue Reina mi señora Doña Juana. Pongo por testigos al mismo Dios y su Madre María de cuanto aquí cuento de lo que vi, oí, sentí y sucedió no me aparto de la verdad ni un ápice y, si así no fuera, páguelo a mi muerte con el estipendio de la eterna condenación de mi alma.

Como es de rigor en la doctrina católica, las cosas deben dar comienzo por el principio para llevar orden y concierto y no apartar del camino de la verdad al que pudiera seguir el hilo. En el año 1496, Añaterve, mencey de Güimar, obsequiaba al conquistador Alonso Fernández de Lugo con doce cuencos de manteca, doce quesos añejos, doce quesos frescos, doce odres de leche y doce cueros de cebada. A la mientras, yo, hija del achimencey Aguahuco, lloraba a mi padre, muerto a manos del villano que resultaba homenajado. Fue mi persona quien contando la edad de dieciséis años se dispuso a mirrar el cuerpo de mi progenitor. Guardélo en una cueva para que no se lo comieran los cuervos, guirres ni perros. Tendíle sobre unas lajas y vaciéle el vientre. Cada día lavábale dos veces con agua fría las partes débiles, sobacos, tras las orejas, las ingles, los dedos, las narices, cuello y pulso. Después de lavados, untábalos con manteca de ganado y echábale carcoma de pino y de brezo y polvos de piedra pómez. Y, estando el cuerpo enjuto sin ponerle otra cosa, venían los parientes y con cueros de cabras o de ovejas sobados envolvíanlo y liábanlo con correas muy luengas y pusiéronlo junto a la momia de mi madre, quien había sido muerta horas después de parirme, en la cueva que teníamos como destino de nuestros familiares muertos.

Sin padres ni hermanos pero con ingenio despierto, lancéme al camino al encuentro del tal Alonso cuyo nombre había llegado en más de una ocasión hasta mis orejas por los chismes sobre sus abusos y tropelías. Los guanches de “las paces” teníamos garantizada la libertad. Pero el conquistador de Tenerife no era hombre que se parase en barras. Para él las garantías legales quebraban cuando la lejanía de la Corte y la vigilancia del gobierno podía ser hábilmente sorteada. Ni tan siquiera se detuvo el furor de Alonso de Lugo ante las estirpes regias. La majestad caída, como mi padre, no le indujo respeto ni conmiseración. Pero yo, sin más atributos que mi tamarco y dos odres colgados a mi cintura, con leche y ahorén para las fatigas del camino, salí a la captura del inmisericorde. Lleguéme, pues, a su campamento esperando cayera la noche para adentrarme en él sin ser vista, y en llegando a la parte del huerto, adonde caminaba agachada, observé que a lo lejos, dentro de las tiendas, se escuchaban unos paliques cuyas fablas por aquellos entonces yo no reconocía pero en las que, sin embargo, ahora escribo. Acerquéme al bullicio del exterior de una de las tiendas donde las damiselas y los frailes corrían entrando y saliendo y dando a entender que algo malo acontecía. Asomé la cabeza por entre los telones de la entrada y observé un catre alto cubierto de colcha bordada de mucho precio dentro de la cual yacía una dama apoyada en almohadones cuya cetrina en la tez

barruntaba el color de la muerte. Con trapos adobados en tufillo de agua de azahar y ungüentos de olor que espantaría hasta a las más reticentes moscas, las damas magreaban su cuerpo. Tres monjes rezaban a los pies de su catre y otros tantos se afanaban haciéndole tomar tazones con infusiones medicinales a base de distintos tipos de hierbas y alquimia a la que eran aficionados. Acercóse hasta mí una criada cuyas facciones me eran conocidas de alguna tribu vecinal y me apremió para que abandonara la tienda o, por ende, ayudara porque Doña Francisca andaba en los caminos del morir y no era momento para curiosos ni intrusos. Antes de que se me escapara, preguntéle por el paradero de Don Alonso que era el motivo que había hecho llegar mis pasos hasta allí. La susodicha mal me miró, se enjugó el sudor de la frente con la manga de la remendada saya y mostrándome una mata de una cierta planta que acababa de segar me dijo: “¡Verbena!: tisana para llagas, heridas y contra envenenamientos causados por conquistadores de mala estirpe”. Mi corazón pegó un vuelco y galopó en tropel como las huestes del Rey por los prados de Castilla. La moribunda yacía víctima de las mismas viles y despiadadas manos que acabaran con la vida de mi padre. Cavilé y recelé de todo cuanto los guañames le ofrecían. Hice una seña a la criada, que se ofrecióme a ayudar ya que tenía en buen aprecio a Doña Francisca y conocía de las mis sanaciones con los de nuestra especie. Pedíle calentara en las ascuas un tazón de leche de la que yo portaba que era de la mejor beletén ya que era de cabra recién parida. Acerquéme al catre y despojéla de cuanto trapo, sanguijuela y emplaste la cubría y roguéle a los monjes que rezaran sus cánticos unidos para hacer más fuerza ante Acorán y dejaran en mis manos la vida terrenal de la enferma, que mi fama era conocida como sanadora de mi pueblo. Mostré mi entusiasmo cuando descubrí a los religiosos entender mis paliques, tan cultos e ilustrados descubrí que eran, aunque persignáronse ante mis palabras sin yo entonces poseer entendimiento de tal acto ni del motivo que los impulsaba; no díle mayor importancia y de inmediato dediquéme a lo mío. En el tazón humeante de leche caliente desleí los polvos de ahorén y ofrecílos a la enferma. Apenas transcurridos dos achises, la susodicha colgó su cabeza por una de las esquinas del catre y comenzó a vomitar una arrojadura tan viscosa y amarillenta que bien pareciera estuviera la enferma poseída por el mismísimo demonio si no fuera porque por aquellos días aún no habíanmelo presentado.

Doña Francisca salvó la vida y quedóme tan agradecida que convirtióse en cuasi mi madre. Como Emisaria de los Reyes, quería hacer oír su voz ante la Corte y abogar por los guanches de las paces, víctimas de las vejaciones del Conquistador. Pero también había pensado en mí como sanadora de la Infanta

Doña Juana, hecho que congratularía a la Reina de la que presumía ser su amiga íntima. A la mientras, como quería el protocolo de la Corte, la decencia y buena crianza que todo aquel que se presentara ante los Reyes compareciera ante sus presencias bañados, vestidos, peinados y cristianados, Doña Francisca salió a dar las órdenes necesarias y a poco entraron por la puerta cuatro criadas trayendo algunos calderos de agua caliente que vaciaron dentro de un barreño grande de madera junto con medio frasco de aceite de olor del mismo que olía la dueña. Déjeme enjabonar por las criadas, quedando el agua negra a maravilla. Salí del baño y secáronme con paños calientes y vistiéronme por vez primera con los ropajes propios de las señoras de abolengo que cierto era que a los cuales yo no estaba acostumbrada y resultáronme de una incomodidad pasmosa. Fui guiada hasta una de las tiendas destinada a los oficios religiosos, allí escuchamos unas parlas del fraile en fabla extranjera y, finalmente, hiciéronme colocar la cabeza adentro de una escudriña para volver a mojarme el pelo y convertirme en Beatriz, de apellido Gazmira como mi señora, y pasar a ser cristiana aunque no supiera muy bien lo que ello conllevaba. Acabado el acto, de mi pelo hicieron unas trenzas que fueron recogidas con una redecilla dorada y me resultó que de esta guisa ya no distanciaba yo tanto de Doña Francisca.

Un día de mañana salimos hacia el continente en muy lucido tropel y la gente se arremolinó para vernos partir esperanzados por el encargo que llevaba la Emisaria. Partimos con doscientos sacos de ahorén y un rebaño de cabras a todo lo cual se mandó cuidar con mimo y esmero para que llegaran en buen estado hasta las despensas y granjas reales. Tanto en la travesía por mar en galera como en coche de caballos por tierra, Doña Francisca instruyóme sobre modales, composturas, lengua y silencio, ya que debería saber callar cuando fuera menester y hablar en su momento, y que todo lo que yo supiera por su boca fuera regido por la discreción más extremada. Llegadas al Alcázar de Toledo, donde esos días habitaban los Reyes, el Príncipe y las Infantas, salieron dos sayones con muy herradas lanzas a cortarnos el paso y Doña Francisca les dijo: “Soy Francisca Gazmira, Emisaria Real de Castilla, que vengo a ver a la Reina nuestra señora, quien aguarda mi llegada”. Se entraron ellos de mal talante y al poco asomóse un secretario barbipelado que apareció al cabo por donde los guardas habían desaparecido y a la cabeza traía enjovado sombrero italiano y a las piernas calzas de distinto color y muy ajustadas, a la moda genovesa, marcando sus partes varoniles en la entrepierna, mayormente trapos embusteros. Acercóse hasta nosotras seguido de dos sayones, que me pareció lo miraban entre sorna y asco, y, en llegándose hasta Doña Francisca, ofrecióle su mano con familiaridad cortesana y ayudóla a bajar del carruaje. Seguíles y

pasamos adelante por el portal enlosado que daba entrada al Alcázar y doblamos a la mano siniestra, y cruzando un patio de armas donde crecían rosales y dompedros, llegaron hasta mi persona sonidos de peroles y cazos chocando, y guiándome por ellos descubrí que tras un portalón se hallaba la cocina donde alrededor de una mesa algunas mujeres trajinaban preparando varias aves de colorido plumaje. Del techo colgaban ristras de ajo y laurel, guirnaldas de pimientos secos rojos, y cacerolas de cobre ornaban las paredes. Botes con especias de todos los colores abarrotaban los estantes y saturaban el ambiente de olores demasiado penetrantes para los poco iniciados como yo, fue por ello por lo que no pude reprimir el achís. Continuamos atravesando oscuros corredores y cámaras, subimos una angosta escalera de gastados peldaños y llegamos hasta nuestro aposento. Tras el descanso y el aseo quedamos en disposición de ser recibidas por su Majestad la Reina.

Una vez ante la presencia de Doña Isabel, maravillóme su porte y sus blancas carnes y el brillo que encendióse en sus ojos al encuentro con su amiga. Tras el oportuno saludo, mi dueña no anduvo parca en palabras sobre Don Alonso y el sinfín de tropelías que sus actos habían causado, incluyendo la muerte de mi padre y la tentativa contra la vida de la misma Doña Francisca. La Reina tomaba cuenta de todo cuanto le era notificado y prometióle que el mal que Don Alonso había causado a ambas dos sería resarcido. Finalmente, tuvo conocimiento de mí, de cómo salvéle la vida a mi dueña por lo cual se me recomendaba para sanación de la Infanta Doña Juana ya que eran conocidos por toda la Corte sus problemas con la alimentación pasando incluso días completos sin probar bocado. La Reina recibió en hora buena la recomendación ya que se había realizado pacto matrimonial con la Casa de Austria y temía la Infanta fuera rechazada por su esmirriado aspecto.

Esa misma tarde, sonaron chirimías convocando a la comida y todos salimos de nuestros cuartos y fuímonos para la sala grande que abajo estaba, donde el maestresala había dispuesto una mesa oblonga con mantel de hilo y cubertería de plata, y fuimos todos los comensales distribuidos quedando yo asentada junto a la Infanta Juana. Vinieron los yantares y dio comienzo el banquete cuando así lo dispuso Doña Isabel. Los escanciadores iban de un lado a otro con jarras de buen vino especiado, con el cual los catadores regaban el cocido y las aves asadas que olían a ajo, tomillo y pimienta. La Infanta reprobaba los alimentos y yo apenas había desmenuzado una pata de ave cuando me dispuse a depositar la servilleta sobre la mesa ya que mi estómago no andaba acostumbrado a los banquetes de la Corte de Castilla, además, quería

ganarme la confianza de Doña Juana haciéndome partícipe de su negativa al yantar. A la contra, el Príncipe Juan no sólo engulló todo lo que le fue servido sino que inclinóse ante los postres de torrijas, pestiños, perrunas, alfajores, tortas de manteca y entornados rellenos de cidra; actitud que era jaleada por el Rey Don Fernando, fiel consentidor del heredero al trono.

Ganéme la confianza de Doña Juana y, por mandato de Doña Isabel, su alimentación quedó por completo en mis manos. Ocurrióseme que los alimentos deberían entrarle antes de por su boca, por sus sentidos de vista, olfato y tacto, así que el primer día ofrecíle unos Buñuelos de ahorén rellenos de requesón proveniente de la leche de mis cabras, cuyo olor bien podría haber elevado a los muertos y con las cuyas bolas la Infanta jugó semejando canicas. Cuando decidióse y probólos no restó ni uno e incluso quedóse con ganas de más. A la siguiente ocasión, preparéle Figos frescos con ahorén y carne curada y seca, con todo lo cual Doña Juana rechupeteó sus reales dedos. Al tercer día, Pencas de acelgas rellenas de crema de ahorén y nata y, de postre, Bizcocho de ahorén al aroma de limón. Sucediéronse las semanas y la Infanta había mejorado tanto su aspecto que la Reina ordenó que mis guisos quería probar por ella misma. Así que, esmeréme en elaborar varios platos: Ahorén con torreznos de panceta fritos, Trucha del Tajo con salsa de vino tinto y ahorén, Volatería rellena de miel y ahorén y, de postre, unos Merengues de ahorén y frutos secos. Su Majestad quedó tan maravillada por las tales viandas que preguntóme qué era aquello que aparecía por todas las mis recetas y yo respondíle que en el pueblo guanche era llamado ahorén o gofio y que en su fabla de Castilla bien pudiera ser apodado “Esqueleto de pan”.

Doña Juana sanó con totalidad y en Agosto de ese mismo año partió hacia Flandes para conocer al archiduque Felipe, conocido por el sobrenombre del Hermoso. Cuando éste vióla ante sus ojos, quedó tan prendado por la belleza de la Infanta que decidióse y saltóse el protocolo y ordenó un rápido casamiento. Doña Juana, por avatares del sino, convirtióse en Reina de Castilla aunque enfermóse de celos y felanías tramadas por la comunión entre su padre y esposo quienes, en 1506, ya muerta la Reina Isabel, firman un tratado donde destitúyenla del trono. Fue encerrada en Tordesillas en 1509 y desde entonces no apártome de ella.

Una mañana soleada del mes de Junio de éste en el que escribo, salía mi persona de misa y llamáronme la atención unos alegatos de unos caballeros desconocidos para mis ojos pero que habían llegado hasta allí para regalarme

los oídos. Parlaban de que el tal Alonso Fernández de Lugo, después de una intriga perpetrada por su familia, había sido envenenado por sus hijos para heredar el título de Adelantado. Al parecer, habían disipado el sabor del veneno en un tazón de leche con polvos de ahorén del que el villano era fiel consumidor.
